

Carta a un desconocido

samuelebeniabram samuelebeniabram



Capítulo 1

El teléfono suena; la casa, por arreglar; el frigorífico, vacío. Las amigas sentadas delante de ella escuchan lo que tiene que contar. Su versión de los hechos.

Sus palabras están cargadas de tristeza y de sufrimiento. Las manos le tiemblan y las lágrimas le caen como grandes gotas de agua transformando sus ojos en hornos de fuego.

Extendida en el diván, observando el techo con los ojos exorbitados, rodeada de pensamientos que no la dejan un instante, intenta de encontrar una pizca de fuerza para explicarse cómo sucedieron las cosas.

Parece la escena de una película. La representación de un guión ya escrito. Nada de todo esto. Es solo uno de tantos días que desde hace tiempo se suceden uno detrás del otro. Ella, como otras antes que ella, debe afrontar y aprender a convivir con aquella desilusión que no ha podido evitar.

Saboreando aquellos pocos momentos de felicidad como regalos caídos del cielo, sin nunca apreciarlos suficiente, ya que se reducen a pocos instantes pasajeros.

Lo único que le pasa por la cabeza es un pensamiento negativo que la lleva a creer que lamentablemente en la vida ninguno puede evitar una desilusión en el amor.

Como si amar fuera un error y por esto a veces se debe pagar un doloroso castigo.

Colmada de ansiedad, decide escribir una carta a un hombre. A uno cualquiera. A un desconocido. Un nombre elegido al azar de la guía telefónica.

Le dirá todo. Cómo se siente, lo que piensa, lo que aún vive dentro de su corazón. Tomará esta carta, la meterá en un sobre y se la enviará.

-La puñalada —así empieza su carta— que he recibido no me ha matado. No me ha dejado agonizante. No ha destruido mi orgullo ni aplastado mi dignidad. No..., no, no creer. Esa puñalada ha destruido una parte importante de mi alma.

Ha destruido aquella parte llena de amor con la que soñaba y creía desde lo más profundo de mi corazón. Aquel amor inmenso que yo le daba a él.

Mi él. Mi amor más grande.

Pero aquel hombre se ha ido sin mirar atrás. Si me hubiera solamente traicionado..., traicionado con otra mujer, seguramente, por todo el amor que tenía para él lo habría perdonado. Pero el hombre de quien te hablo lo ha hecho mucho peor. Me ha mentido con esa viscosa mezquindad que forma parte de ciertos hombres. Dejándome delante de aquella inevitable realidad que ya no podía cambiar. Inmersa en la tristeza, en la amargura y en la desilusión de haber amado a un hombre que no lo merecía.

Un tipo de hombre que siempre he evitado con fuerza.

Vivía desde hacía tres años una historia paralela con otra mujer. Con aquel tipo de mujer que astutamente se aprovechaba de las debilidades de un hombre. De un hombre como él. Era uno de aquellos que amaba más tener que ser. Que prefería esconderse detrás de falsos modales, superficiales palabras y banales apariencias, en lugar de mostrarse como realmente era. Uno de esos hombres que prometía mucho, pero que no llegaba nunca a mantener nada porque estaba carente de la sustancia necesaria. Superficial y ligero, ocupado solo en realizar sus sueños y en satisfacer su egoísmo más que en intentar entender a la mujer que tenía a su lado. Un hombre cínico y avaro en los sentimientos por su miedo e inseguridad a dar.

Nunca se ha llegado a dar cuenta de que con sus actitudes prepotentes y ausentes de sentido común me hacía sufrir.

Nunca ha advertido cuando yo tenía verdadera necesidad de él. Nunca ha sabido leer lo que mis ojos querían comunicarle. Ha continuado su camino evitando entre nosotros siquiera una simple mirada, ya que representaba para él una pérdida de tiempo si debía interpretarlo. No entendía que con su arrogante modo de hacer y con aquel estúpido humor con el que se comunicaba, acompañado de risas simples e insignificantes, destruía mis sueños que a veces se apoyaban sobre pedestales débiles y temerosos.

Pero pese a todo eso, yo estaba dispuesta a aceptarlo así como era, con sus defectos, con su mal carácter, con sus cambios de humor, esperando siempre que pudiese cambiar. Y haciendo así..., he aprendido que en el amor las palabras, los pensamientos y las promesas vienen superados o negados siempre por hechos sin los cual, todo el resto no es nada. Nada y sin significado.

A veces, por la noche, escondida en la oscuridad de aquellas cuatro paredes que me rodeaban, me desahogaba derramando lágrimas silenciosas por aquella inmensa tristeza que albergaba en mi corazón. Un llanto, que para no despertarlo, sofocaba con las sábanas. Y cuando por la mañana me levantaba a su lado, tenía siempre la sonrisa en los labios

como si no hubiese sucedido nunca.

Fingía para no volver a discutir. Fingía para no discutir más.

Para tener la débil ilusión de que con el nuevo día lo peor hubiera pasado y que todo se podría remediar.

Siempre estaba allí con mi amor, dispuesta a escuchar y a perdonar, sin reprocharle nada de lo que había sucedido.

A veces me contentaba de un beso, de una caricia, de una palabra dulce, de una noche de amor, para volver a soñar y vivir mis días colmados de ilusión.

No hubiera querido perderlo nunca y hubiera hecho lo posible para tenerlo cercano a mí. Pero créeme, en ningún momento he imaginado aquella mezquina traición.

Y nada hiere y entristece tanto como una desilusión de amor. Porque la desilusión es un dolor que deriva de una esperanza esfumada, de un sueño hecho añicos.

Una derrota que nace de una fe traicionada.

La desilusión es el verdadero cambio de cara de alguien por el que nos creíamos que éramos importantes. Y te deja con un gran vacío dentro del corazón. Aquel vacío que te comunica que los sueños quedarán solo sueños y que no se harán nunca realidad, robados por ese hombre como por un ladrón que roba en la noche escondido en la oscuridad.

La desilusión de un amor es la experiencia más dolorosa que se pueda experimentar. Forma parte del sufrimiento más profundo, porque además de la desaparición de un ser querido, nos encontramos abrumado por un sentimiento de culpa, de rabia, de miedo, de desaliento por la pérdida de la fe hacía nosotros mismos. Sumergidos por ese desconcertante sentido de abandono que se apodera de nuestra alma.

Y al sufrir aquella injusticia, y esa falsa y mezquina ingratitud, nos sentimos ignorados, burlados, humillados... por el hombre al que yo le había entregado mí misma.

Y cuando esto sucede, no existen otras escenas de vida que puedan sustituir ciertos momentos. La propia autoestima sufre una herida tan profunda que impide encontrar esa serenidad necesaria para reconstruir una vida partiendo desde cero.

Y la alma lucha como un pez dentro de una red buscando liberarse de las cadenas. Intentando volver a la superficie para seguir adelante, para

vencer la soledad interior que nos acompaña por la noche durante los días, meses, a veces años, porque nada se olvida y solo una dolorosa y paciente alianza con el tiempo podrá volvernos a dar un día la serenidad que habíamos perdido.

Es como atravesar un túnel oscuro del que no se conoce la longitud, pero sabemos que debemos andar más allá y traspasarlo. No se puede salir rápidamente de ese túnel porque no vemos ninguna luz que nos ilumine el camino. Tenemos que atravesarlo con calma, reforzándonos en cada paso, sabiendo que solo un día, con el tiempo, saldremos de él. Solo tenemos que creer.

Creer que encontraremos la fuerza necesaria.

Creer en lo que somos y en lo que hacemos.

Creer que el amor es la única fuerza que manda en la vida, por la cual vale la pena vivir y a veces también sufrir.

Creer que ser mujer sea lo más bonito del mundo y que tenemos que continuar hasta que tengamos la fuerza de volvernos a levantar y el coraje de sentir los latidos de nuestro corazón.

Creer que la desilusión de un amor es solo un muro por superar, pero la vida que nos han regalado es una sola y que el amor pese a todo, se debe vivir sin miedo.

El miedo de volver a empezar para volver a sufrir.

El miedo y la desconfianza hacia otra relación.

El miedo y la rabia por la impotencia en la que se está sumergido.

Y aunque hay desilusiones que pesan en el corazón como montañas y continuar el propio camino resulta difícil, no tenemos nunca que hacer añicos aquella ilusión que nos dice que merecemos mucho más.

La sonrisa en mi cara ha desaparecido como ha desaparecido mi gana de hacer, de hablar, de escuchar a los otros y de salir con ellos.

De compartir con alguien, aunque sea un amigo, mis momentos de vida. Me siento sola, abandonada, privada de ese sentido de protección, de ayuda, de complicidad, que yo ilusoriamente pensaba que tenía con él. Necesito un poco de calma para volver a encontrar la tranquilidad interior,

la serenidad, la paz, que es el consuelo de mi alma.

Aunque cuando me di cuenta de que ese amor iba poco a poco apagándose, mi instinto de supervivencia me imponía de dejarlo antes de ser dejada por él, para evitar añadir al dolor de la separación también el del abandono. Nunca he querido escuchar esa voz interior. Tenía dentro de mi corazón mucho que dar, mucho que amar, y pensaba que eso fuera suficiente para hacer que las circunstancias pudieran cambiar y por ningún motivo hubiera querido separarme de él.

Aunque cuando hablaba con mis amigas y me hacían tomar consciencia de una evidente realidad que ni quería ver ni aceptar, yo no escuchaba sus palabras cargadas de afecto, sus lógicas conclusiones, su modo de defenderme y de protegerme.

Aunque me sentía pequeña, indefensa y abandonada tras aquella dolorosa evidencia se escondía dentro de mi corazón la perspectiva de una nueva posibilidad para poder rechazar esas voces que aunque eran buenas, hacían pedazos de mí ser.

No podía más confiarme con una amiga y contarle mis penas, mi tristeza, mi inquietud, porque también ellas no querían escucharme más. Entonces me aislaba y estaba sola. No salía. Para no discutir más. Para sufrir menos. Pero sobre todo, lo que me hacía mal era cuando estábamos solos en casa, y yo intentaba hablarle y comunicarle lo que tenía dentro. Decirle el porqué no me sentía más apreciada, valorada. Importante para él. Y él, sin pedirme perdón, en vez de acercárseme, de escucharme, intentando de entender lo que le quería comunicar, desdramatizaba con su falsa sonrisa, con sus banales excusas, con esas palabras sin sentido y absurdas justificaciones para defenderse. Haciendo aumentar el dolor dentro de mi corazón.

Pero el amor nunca se cuestiona.

Porque detrás de cada pregunta que nos hacíamos, hay siempre una esperanzadora respuesta que confirma el amor con el que había sido formulada la pregunta.

No necesito ninguna confirmación para saber que el amor golpea de modo imprevisto e irracional.

Es un sentimiento que penetra dentro invadiendo todo el organismo, haciendo prisionero el cuerpo, la mente y el alma. Como un líquido que entra en la sangre y modifica el nuestro modo de pensar, de actuar, de ser, provocando una parálisis delante a lo que somos y a lo que vemos.

Pero... pese a todo, quiero también creer que a veces, cuando un hombre se va y sale de nuestra vida es para hacer espacio y dejar el sitio a algún

otro que deberá venir. Más grande, más importante, más profundo, más digno. Quizá, un nuevo amor. Y el hombre por el que hemos estado traicionadas, dejándonos solas y desilusionadas, no era otro que un escalón que debíamos superar. Debíamos subirlo para crecer, para entender, para madurar, para poder aceptar con conciencia lo que debería de venir.

Si hubiésemos evitado aquel doloroso escalón, hubiéramos llegado a los siguientes vacíos y desprevenidos, y cuando se hubiera presentado la oportunidad de encontrar el verdadero amor, no hubiésemos sabido ni podido reconocerlo.

Creo que superar una desilusión de amor no está en el ir más allá dejando atrás lo que hemos vivido, intentando de olvidar lo más rápido posible, sino que está en entender el porqué hemos debido vivir aquella experiencia negativa y lograr ver el lado positivo-.

He llegado al final de mi carta y no tengo más fuerzas para pensar, hablar y escribir.

No sé siquiera quién eres y si entenderás mis palabras. No sé si llegarás a ver lo que no he escrito, pero que se puede leer nítidamente entre las líneas.

No sé nada de ti, pero te doy las gracias de todas formas por haberme escuchado, por haberme leído y por haberme dedicado algunos momentos de tu tiempo.

No intentes entender quién te ha escrito esta carta, no lo comprenderás nunca. No te preguntes por qué te he elegido a ti. No hay ningún motivo. Has aparecido como uno entre tantos en el registro telefónico.

No sé tampoco si eres uno de esos hombres que cree en el amor y si sabes lo qué comporta amar a una mujer.

Querría hacerte tantas preguntas, averiguar tantas cosas, pero entiendo que permanecerían sin respuesta.

Y el alma pregunta.